

Gissing. — «As a matter of fact», — dice Pablo Elmer More —, «el novelista murió en Francia, en San Juan de Luz, en 1903, cuando apenas contaba cuarenta y seis años de edad.» En castellano quién sabe cómo se dirá *as a matter of fact*. El concepto como que no existe entre nosotros, que no tenemos manera de expresarlo. En realidad significa otra cosa. Los de habla inglesa pueden moverse mentalmente en una dimensión para nosotros desconocida, la dimensión *fact*. Para ellos hay cosas que son *verdad* y cosas que son *fact*. *Fact* y *verdad* son bien distintos. *In fact* es de hecho; pero *as a matter of fact* tiene una significación muy diferente: se refiere a algo que puede materialmente comprobarse, comprobación, pues, que depende de cosa efímera, cambiante, indigna de absoluta fe, como todo lo material. Lo que dice el mister Pablo Elmer

More es susceptible hasta de esta interpretación: «El novelista se murió de mentira, en Francia». Y esta es la verdad.

George Gissing vive aún. En Costa Rica. Su casita domina un amable vallecillo de eterna primavera por el que retuerce su corriente musical el río Virilla. Antes de retirarse a su amable «hogar postero», como él lo llama, vivió años en Heredia. Habíamos hecho trato de que él me enseñaría inglés a cambio de mis lecciones de español. El hombre aprendía sin maestro; y acabó por enseñarme el poco griego que sé. He aquí por qué hay en Costa Rica quien lea su Platón en el original.

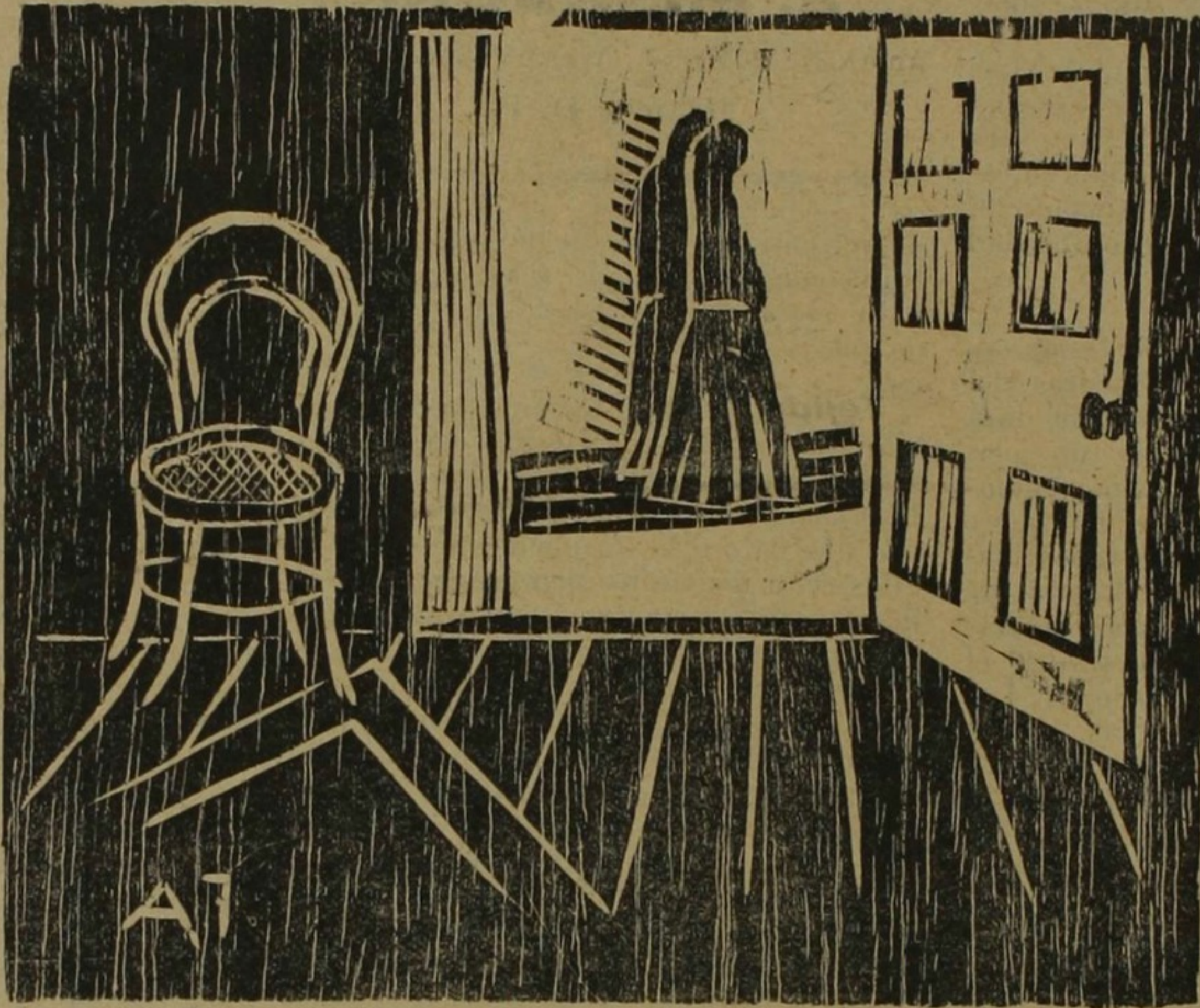
De la vida de Gissing se ha escrito mucho en las revistas europeas y americanas, creyéndolo muerto. Sus dificultades comenzaron cuando era escolar. Interesóle el corazón una muchacha de la calle en quien vió un alma bella que rescatar del cieno. Sus relaciones personales con ella jamás, por esa primera época, pasaron del platonismo más juvenil. Él le daba dinero para que no tuviese que ir a obtenerlo a cambio de caricias. Pero lo poco que podía Gissing sacar de su bolsillo propio no bastaba para arrebatarse las adoradas carnes a Mammón, y entonces el enamorado creyó excelente idea poner a sus compañeros a contribuir en la hermosa obra, ¡pero sin que se dieran cuenta! Esto es, les robaba, y en Inglaterra, como es fácil imaginarlo por lo tiesos y fríos que son los ingleses que conocemos en Costa Rica, eso es crimen espantoso e imperdonable. Gissing pasó varios meses en la cárcel.

Persiflage

Un gran escritor inglés en Costa Rica

—Colaboración directa—

Para Waldo Frank, con el deseo de que venga a Costa Rica, donde no venderá uno solo de sus libros pero conocerá a George Gissing.



Madera de Amighetti

Al recobrar la libertad, caballerescamente casó con su putilla, y se estableció en Londres a dedicarse a la literatura. Sus primeros libros, esas ediciones que ahora se venden por centenares y aún millares de dólares el ejemplar, no se vendieron. La señora de Gissing se dió al trago y a malas prácticas. Gissing se apartó de ella, pero nunca dejó de ayudarla con dinero, ni cuando atravesaba él por las más dolorosas circunstancias económicas. Cuando enviudó se volvió a casar. La segunda señora de Gissing era hija de la dueña de una *boarding-house* londinense de ínfima categoría. Esta clase de chicas tienen para los escritores una fascinación que bien valdría la pena estudiar a fondo. Recuerdo el caso de Ernesto Dowson. Volvió a enviudar, después de no haber hecho vida feliz en su segunda aventura matrimonial, y, pecador empedernido, contrajo nuevas nupcias, con una hija de Francia, para huir de quien fingió haber muerto, se vió enterrar, y vino a Costa Rica francamente cansado de la virtud doméstica. Aquí vive en tranquilas relaciones ilegales con una galleguilla que no tiene un solo diente en las quijadas.

César y Jenofonte.—Antes de saber qué gran escritor era Gissing, y qué famoso, como le viera inclinaciones literarias le había enseñado mis ensayos de novelista. Dulcemente me reconvino por la mucha palabrería que gastaba. «¿Has estudiado a los clásicos?» me preguntó. Así comenzó mi verdadera educación literaria, mi verdadero aprendizaje. Maestro

costarricense había despertado en mí la afición a las letras hermosas. Gissing me instruyó en la formación de mi estilo. En los clásicos busqué ejemplo de concisión. Lleno de entusiasmo esperé la visita del viejo inglés y le hice el elogio de los *Comentarios* de Julio César.

«La concisión de César», me dijo, «le viene de fortaleza y de orgullo. No, *my boy*, deja estar a César. Em pápate más bien de Jenofonte. Su *Anabasis* es obra divina. La concisión jenofontina viene de la viveza de su imaginación. Un arte perfecto brilla a través de su dominio del idioma, y le basta una línea para conmover profundamente las emociones. Por ejemplo, en el cuarto libro de esa obra, ocurre un pasaje delicioso, de incomparable narración, cuando cuenta cómo los griegos recompensaron y despacharon al guía que los había conducido salvos por zona peligrosa. El

hombre estaba en peligro él mismo, cargado de presentes valiosos que los soldados le habían dado agradecidos. *Al anocheceí se despidió de mí*, dice Jenofonte, *y se fué de noche a su camino*. Ves el paisaje salvaje del Oriente, sobre el que se ha puesto el sol. Allí están, salvos por el momento, los helenos, y entre ellos el individuo bárbaro servicial, despidiéndose para volverse solo, con sus nuevas posesiones capaces de despertar codicia de salvajes.

«En ese mismo cuarto libro, otro pasaje me conmueve de manera distinta. En las montañas de la Carduchia fueron capturados dos hombres a quienes se les preguntó qué camino era el de seguir. *Uno de ellos*, dice Jenofonte, *no quiso decir nada, y a pesar de toda amenaza guardó silencio; así fué que, en presencia de su compañero, se le dió muerte. Acto seguido ese otro nos hizo saber los motivos del hombre para no indicarnos la ruta: en la dirección que los griegos debían tomar vivía una hija suya, que era casada.*

«No sería fácil expresar más *pathos* que el que esas pocas palabras contienen. Jenofonte mismo, estemos seguros de ello, no lo sintió exactamente como lo sentimos nosotros, pero guardó el incidente por lo que en sí valía, y en esas dos o tres líneas suyas brilla algo del amor humano y del espíritu de sacrificio, cosas que son de eterno valor.»

«Dear George», le he dicho, «¡y si publicara que usted vive!»

«Nadie te creería», me ha contestado. «El mundo sólo mentiras cree. Sólo mentiras.»

Persiles

Heredia, enero, 1931.